

ISAÍAS

ISAÍAS



COMENTARIO BÍBLICO PORTAVOZ

Alfred Martin



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Everyday Bible Commentary: Isaiah*, © 1956 por The Moody Bible Institute of Chicago y publicado por primera vez en los Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Isaías* (serie Comentario Bíblico Portavoz) © 1990, 2019 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: José Flores Espinosa

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas añadidas en el texto bíblico son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5905-4 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6811-7 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7633-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 28 27 26 25 24 23 22 21 20 19

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Nota del editor	7
Prefacio	9
1. Antecedentes históricos	11
2. Vista panorámica	19
3. Profecías iniciales	27
4. La misión del profeta	35
5. Emanuel, el Hijo de la virgen	41
6. Profecías sobre las naciones	51
7. Por medio de los juicios al reino	55
8. Las exclamaciones «¡ay!»	59
9. La indignación de Jehová y el desierto floreciente	65
10. Interludio histórico	69
11. El consuelo de Dios	73
12. El Mesías, Siervo, e Israel, siervo	77
13. Ciro, como el ungido de Dios	81
14. El juicio sobre Babilonia	87
15. El sufrimiento y la gloria futura del Siervo	91
16. El Siervo como Cordero	97
17. Salvación por el Siervo	109
18. La venida del Redentor a Sion	115
19. El ministerio del Mesías	119
20. La gloriosa consumación	127
21. Una mirada retrospectiva	133

NOTA DEL EDITOR

Por más de sesenta años, la serie «Comentario Bíblico Portavoz» ha sido de utilidad a millones de lectores, facilitando su crecimiento en la comprensión tanto de Dios como de su Palabra. Estos comentarios —escritos por eruditos evangélicos, expertos en sus respectivos campos— proporcionan una interpretación bíblica que es accesible y rica, e influye en la vida cotidiana de los cristianos de diversos orígenes culturales y teológicos.

Estos comentarios han sido de gran utilidad para los lectores en generaciones pasadas, y queremos asegurarnos de que sirvan a muchos más para las generaciones futuras. Si bien estos comentarios no son nuevos, siguen siendo relevantes ya que el contenido de cada tomo proporciona una exposición de las Escrituras que sirve para todos los tiempos. Y tal vez hoy más que nunca, los cristianos necesitan instrucción bíblica confiable que haya resistido la prueba del tiempo. Con tantas voces compitiendo por nuestra atención y lealtad, como cristianos, necesitamos entender la voz del Único que nos llama en las Escrituras para que podamos vivir fielmente para Él y su gloria. Y es con este fin que se escribieron estos comentarios: para que los creyentes puedan encontrar a Dios a través de su Palabra y encarnarla en sus vidas cotidianas.

PREFACIO

Deseando conocer mejor la Biblia, quizás has vacilado en estudiar un libro como el de Isaías porque te resulte extenso o por lo nuevo y extraño de mucho de su contenido. El repaso elemental que presentamos de Isaías tiene por objeto ayudarte de alguna manera para familiarizarte con el contenido de ese libro glorioso.

Si lo que buscas es un comentario técnico, versículo por versículo, del texto hebreo de Isaías, este no es el libro que te conviene. Si quieres un análisis detallado del libro, debes buscarlo en otro lugar. El presente libro no pretende ser un trabajo original de erudición, si bien hemos buscado la exactitud y estamos muy agradecidos por la contribución de muchos maestros y escritores entendidos.

No hemos hecho intentos de documentación porque ello iría contra el fin que nos hemos propuesto. Este es un estudio en que las investigaciones de muchos intérpretes se han traducido a un lenguaje que signifique algo para el estudiante corriente de la Biblia que no ha hecho estudios teológicos. Tú podrás juzgar si hemos conseguido este objetivo.

Muchísimos estudiantes de la Biblia se ven inmersos en detalles antes de conocer lo necesario de sus enseñanzas generales, y esto lleva al descorazonamiento y fracaso en el estudio bíblico. Es básico para la interpretación de la Biblia tener un conocimiento del contenido real de la misma, y, sin embargo, algunos se preocupan por el significado exacto de una palabra o frase (lo que, en realidad, tiene importancia) cuando no tienen la menor idea de su relación con el libro en su consenso total. Es lastimosa esta actitud de «no ver el bosque por causa de los árboles» ya que debemos echar una

mirada al bosque primeramente y luego, a su debido tiempo, se destacarán los árboles en toda su belleza. Esto es, por supuesto, lo que el Dr. James M. Gray dijo hace tantos años en su *How to Master the English Bible*.

La lectura de este libro no te dará en sí misma un conocimiento de Isaías porque la manera de conocer Isaías es leer el libro. Y esta verdad es evidente con frecuencia en el estudio bíblico; por lo tanto, si estás verdaderamente interesado, lee Isaías del todo, más de una vez y usa este breve estudio como guía o perspectiva, no como un fin en sí mismo.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

.....

EL LUGAR DE ISAÍAS EN LA BIBLIA

Los antiguos hebreos llamaban a los Libros Sagrados (que nosotros designamos como Antiguo Testamento) «La Ley, los Profetas y los Escritos». El Señor Jesucristo, hablando a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos, se refirió a esta triple división (Lc. 24:44).

Los Profetas son aquellos libros escritos por hombres que realizaban el oficio de profeta, y un profeta era más que uno que profetiza el futuro; era un portavoz oficial de Dios. Su mensaje incluía amonestación, exhortación, estímulo y consuelo, pero también la profecía. El mensaje del profeta respecto al futuro era una de las pruebas de que todo su mensaje procedía de Dios, que es el único que conoce el fin desde el principio (Is. 46:10).

Los Profetas fueron clasificados posteriormente como «Profetas anteriores» y «Profetas posteriores». La primera de estas dos secciones estaba compuesta por libros de contenido histórico, pero, no obstante, fueron escritos por profetas oficiales, y son los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes (cada uno de los dos últimos eran en su origen un libro en la Biblia hebrea).

Los Profetas posteriores son Isaías, Jeremías, Ezequiel y Los

Doce. Este último título incluye todos los libros desde Oseas hasta Malaquías. Al principio de esos Profetas posteriores, aunque no ciertamente el primero que fue escrito, destaca el incomparable libro de Isaías y su posición muestra la importancia que se le concedía desde tiempos antiguos.

EL ESCRITOR DEL LIBRO

El libro de Isaías recibe su nombre (como ocurre con todos los libros de los Profetas posteriores) de su escritor, Isaías, hijo de Amoz (1:1), si bien poco se sabe de dicha persona, aunque más de lo que se sabe de los otros profetas. No se sabe nada con certeza respecto de sus antepasados, aunque eran parte de la familia real de Judá, según dice la antigua tradición judaica. No hay que confundir a su padre con el profeta Amós porque son dos nombres enteramente diferentes y no existe relación entre ellos.

Se sabe que Isaías vivió en la ciudad de Jerusalén; que estaba casado (8:3) y que, al menos, tenía dos hijos (7:3; 8:3). Su ministerio se extendió durante el reinado de cuatro reyes de Judá, a saber, Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, aunque no inició su obra hasta casi el final del reinado de Uzías. Debió ejercer su ministerio durante casi cuarenta años. Si bien la cronología del Antiguo Testamento se presenta como asunto de gran dificultad y existe mucha diferencia entre las varias opiniones respecto a las fechas, podemos asegurar que Isaías profetizó durante la segunda mitad del siglo octavo antes de Cristo. Él mismo nos dice que vio al Señor en el año que murió el rey Uzías, que bien pudo ser por el año 740 a.C. Se encontraba profetizando por el tiempo en que el reino del norte, Israel, fue hecho cautivo por los asirios en el año 722 a.C. y, sin duda, continuó durante algunos años después. Ezequías, el último de los cuatro reyes durante cuyo tiempo ministró Isaías, murió, probablemente, en el año 686 a.C.

La antigua tradición mantiene que Isaías fue condenado a muerte por el hijo y sucesor de Ezequías, el perverso Manasés, e incluso se nos dice que murió «aserrado». Algunos han pensado que la alusión a semejante forma terrible de martirio se encuentra en Hebreos 11:37 y tiene referencia a Isaías, pero, desde luego, no tenemos manera de saberlo con certeza.

OTROS PROFETAS EN EL TIEMPO DE ISAÍAS

El profeta Amós, o había acabado o estaba acabando su ministerio cuando Isaías comenzó a profetizar en Judá. Amós, aunque era nativo de Judá, fue enviado por Dios a profetizar contra el reino del norte, Israel. Oseas inició su ministerio en Israel algún tiempo antes que Isaías lo empezara en Judá, y Miqueas era un joven contemporáneo, que profetizaba como Isaías en Judá. Hay una serie de similitudes entre estos dos libros, y un pasaje de Isaías 2, especialmente, es paralelo a un pasaje en Miqueas 4.

EL FONDO HISTÓRICO DE ISAÍAS

El fondo histórico de Isaías se halla en 2 Reyes y en 2 Crónicas. Durante unos dos siglos el reino estuvo dividido, y el reino del norte, o sea, Israel, fue gobernado por una sucesión de reyes malos, procedentes de diferentes familias gobernantes, o dinastías, todas las cuales siguieron en los pasos de Jeroboam, el hijo de Nabat, «que hizo pecar a Israel». Ninguno de los reyes de Israel, ni siquiera Jehú, que había barrido la adoración a Baal de los sidonios, importada en Israel por Jezabel, desautorizó la perversa práctica de Jeroboam de erigir los ídolos de Dan y Betel e identificarlos con el Dios que había sacado a su pueblo de Egipto (1 R. 12:26-30).

Justamente antes del período en que Isaías comenzara su ministerio, el reino de Israel estaba gobernado, durante cuarenta y un años, por el poderoso y brillante Jeroboam II, de la casa de Jehú.

Aquel fue el tiempo de mayor prosperidad exterior y ampliación del reino del norte, pero estaba podrido hasta la médula y se precipitaba hacia el definitivo juicio de Dios, como mostraron Oseas y Amós.

El poder mundial dominante en tiempos de Isaías era Asiria. Antes de aquel tiempo, Egipto había mantenido una gran importancia, pero ahora, sin embargo, su poder declinaba y se vio envuelto en una lucha a muerte con la creciente y agresiva Asiria. Debemos conocer algo de esto, al objeto de comprender las alusiones políticas de Isaías. Durante la vida del profeta, el poderoso reino de los asirios se tragó a Israel e invadió el propio país de Judá, amenazándolo seriamente.

Judá estaba gobernado por los descendientes del rey David, y algunos de ellos fueron buenos, en tanto que otros fueron malos. Incluso en los períodos de reavivamiento y de reforma en tiempos de los reyes buenos, la tendencia espiritual general de Judá tendía a declinar. La prosperidad exterior, especialmente durante el largo reinado de Uzías, hizo que la nación se olvidase de Dios. Uzías y su hijo Jotam, en términos generales, eran buenos reyes, a pesar de que Uzías, al final de su vida, intentó inmiscuirse en la obra de los sacerdotes (2 R. 15:3, 34; 2 Cr. 26:16-21).

Acaz, el hijo de Jotam, fue un hombre malo que introdujo abominables prácticas paganas en su reino (2 R. 16:2-4) y en varias ocasiones Judá buscó aliarse con Asiria o con Egipto. Isaías denunciaba estas alianzas y llamaba la atención para que se volviera a Dios. La cautividad babilónica aparecía a lo lejos, siendo este un tema abundante en la profecía de Isaías, aunque el flamante Imperio babilónico todavía no era tan poderoso en días de Isaías, y no amenazó a Judá hasta cerca de un siglo después, en tiempos del rey Josías y del profeta Jeremías.

A pesar de esa decadencia espiritual, durante un tiempo se

registró un avivamiento cuando Ezequías era rey, uno de los más notables y mejores de todos los reyes (2 R. 18:1–20:21; 2 Cr. 29:1–32:33). El rey Ezequías y el profeta Isaías fueron grandes amigos y compatriotas en tiempos de peligro y apostasía.

LA UNIDAD DEL LIBRO DE ISAÍAS

Desde el año 1750, muchos críticos destructivos de la Biblia han negado o han dudado de la unidad del libro de Isaías, aunque no hay prueba alguna de que el libro existiera en forma diferente de como lo encontramos hoy. La tradición uniforme, hebrea y cristiana, ha aceptado la unidad de este libro durante muchos siglos y este es un hecho que, como alguien ha dicho, no puede ser derribado por una mera teoría.

Empezando con un solo capítulo o con varios capítulos, los críticos se atrevieron luego a destruir el libro, hasta que llegaron a conceder muy poco de él a la paternidad literaria de Isaías. Casi a finales del siglo diecinueve estaba de moda hablar de Isaías y el Deutero-Isaías (o Segundo Isaías), afirmando que la segunda parte del libro (caps. 40–66) no pudo haber sido escrita por Isaías en el siglo octavo antes de Cristo, pero pudo haber sido escrita por algún otro profeta en Babilonia, que soñaba con el retorno de su pueblo de la cautividad.

Una razón para la teoría del Deutero-Isaías consistía en que muchos de los eruditos que estudiaban la Biblia estaban infectados por el virus del racionalismo y no creían en milagros ni en la profecía verdadera. Cuando un libro de la Biblia contiene una predicción específica, la explicación más corriente que da este tipo de gente es que no se trata efectivamente de una predicción, sino que ha debido de escribirse con posterioridad, durante el momento en que acontecía lo predicho o después de haber acontecido. Isaías contiene algunas profecías específicamente predictivas y una de las

más notables es el mencionar por adelantado el nombre de Ciro, el rey de los persas, en los capítulos 44 y 45. El crítico racionalista no admitiría que Isaías pudiera mencionar a Ciro dos siglos antes de que este viviera.

El asunto básico es la inspiración de la Biblia porque si la Biblia fuese un libro meramente humano, entonces, como en cualquier otro libro no inspirado por Dios, la mención de Ciro sería increíble, pero si la Biblia está verbalmente inspirada por Dios, y es la Palabra de Dios inequívoca, entonces dicha mención no es increíble. En realidad, el problema no se encuentra situado entre Isaías y la persona que duda solamente, ni entre el que duda y el que cree, sino entre el que duda y el Nuevo Testamento, o fundamentalmente entre el que duda y el Señor Jesucristo.

La mayoría de los estudiantes de la Biblia racionalistas no se han contentado con tener dos Isaías porque hay una teoría de un tercer Isaías, el Trito-Isaías, que se supone haya escrito todo el material que se encuentra en los capítulos 55 al 66. Se coloca a dicho escritor a finales del siglo quinto antes de Cristo, en la tierra de Israel después de la cautividad. Todavía hay otras teorías que abogan por una multitud de escritores y de redactores o editores que intervinieron en la preparación del libro tal como ha llegado hoy a nuestras manos.

Los intentos de hacer una disección del libro de Isaías, semejante a las varias teorías documentarias de los libros de Moisés, no tienen ni el más mínimo asomo de veracidad, pero se basan, como hemos dicho ya, en la negación de la profecía auténtica y en las meras conjeturas o imaginaciones de los críticos.

El libro de Isaías da pruebas de formar una unidad. Era costumbre de los Profetas posteriores el poner su nombre en los libros que escribían y solo hay un nombre que aparece unido a este libro, el de Isaías, hijo de Amoz. Los escritores del Nuevo Testamento citan

de todas partes del libro de Isaías y de forma reiterada se refieren a ello como a la obra de Isaías. En Juan 12:38-41 se citan pasajes de Isaías 53 y 6, atribuyéndolos a dicho autor.

Además de la tradición uniforme, de lo que el mismo libro afirma respecto de su unidad, del testimonio del Nuevo Testamento, hay otras pruebas de ello que se encuentran en el interior del libro mismo, tales como el estilo literario y la repetición de expresiones clave y de motivos. A lo largo del libro, por ejemplo, se hace mención de Dios bajo el apelativo de «el Santo de Israel». Este título, que se encuentra veinticinco veces en el libro de Isaías, se emplea solamente seis veces en el resto del Antiguo Testamento y una de esas veces en el libro de 2 Reyes 19, que es idéntica a Isaías 37.

Las pruebas extensas de la unidad del libro hemos de dejarlas a las obras de referencia sobre el Antiguo Testamento, donde en las introducciones de Isaías se afirma esta cuestión de modo técnico, ya sea en los comentarios bíblicos como en otros libros especializados. Lo que nosotros presentamos en este libro se basa en la fe inquebrantable de que el libro de Isaías es una unidad real.

VISTA PANORÁMICA

.....

ISAÍAS, PROFETA DEL EVANGELIO

Ningún libro del Antiguo Testamento, a excepción del de los Salmos, se cita o se refiere tanto en el Nuevo Testamento como este de Isaías. Aunque el profeta tuvo mucho que decir referente a su propio tiempo, y estaba grandemente preocupado por la amenazante cautividad babilónica y sus consecuencias, fue de modo claro el profeta evangélico. Era el profeta del evangelio ya que su libro abunda en alusiones mesiánicas y, si no vemos al Señor Jesucristo en las páginas del libro de Isaías, es porque estamos, realmente, ciegos.

En capítulos posteriores hablaremos más particularmente de algunas de las profecías referentes a Cristo, pero ahora, al objeto de dar una impresión del contenido mesiánico del libro, solo nos basta mencionar que este es el libro de Emanuel nacido de una virgen (7:14), del Niño nacido, del Hijo que nos es dado, cuyo nombre es «Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (9:6), de la vara del tronco de Isaí (11:1), del Rey que «para justicia reinará» (32:1), del que «como pastor apacentará su rebaño» (40:11), del siervo en el que Dios «tiene contentamiento» (42:1), del «varón de dolores» y del «cordero [que] fue llevado al matadero» (53:3, 7). Todas estas y muchas más son descripciones

vivas del Señor Jesucristo, escritas por inspiración unos setecientos años antes de que viniera al mundo.

Cuando miramos en el Nuevo Testamento, vemos en muchos lugares el nombre de Isaías. Mateo lo cita repetidamente para mostrar que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido y el Rey (Mt. 4:14; 8:17; 12:17), y Juan el Bautista, al comienzo de su poderoso ministerio, también cita a Isaías (Jn. 1:23). El Señor Jesucristo mismo, en la sinagoga de Nazaret, «allí donde se crio», leyó del libro de Isaías y anunció el cumplimiento de la profecía que había leído (Lc. 4:16-21). El apóstol Juan informa que Isaías habló de la gloria del Señor Jesús (Jn. 12:41) y el tesorero etíope, que regresaba a casa de su viaje a Jerusalén, iba leyendo al profeta Isaías (Hch. 8:28), en tanto que Pablo, tanto en su ministerio oral como escrito, menciona a Isaías (Hch. 28:25-27; Ro. 9:27, 29; 10:16, 20; 15:12).

Referencias a Isaías en el Nuevo Testamento se encuentran, no solo en aquellos lugares en que es mencionado claramente, sino que, con frecuencia, es mencionado como «un profeta» o «el profeta» y frecuentemente aparecen breves alusiones a alguna frase de su libro sin que ello constituya una cita formal.

EL TEMA DEL LIBRO

A decir verdad, en la providencia todopoderosa de Dios, no constituye una mera casualidad que el profeta lleve tal nombre por cuanto *Isaías* significa «la salvación de Jehová» y no pudo haber otra declaración que le fuese más acertada al propio tema del libro. El profeta debe, en conformidad con la misión que Dios le ha señalado, proclamar el juicio por el pecado, debe anunciar la venida de la cautividad babilónica, pero incluso, en medio de tales pasajes que hablan de la cautividad, pueden encontrarse destellos de liberación y más tarde dicha liberación se convierte en la sustancia de la gran corriente de alegría que proporciona dicha profecía. Esto no puede

limitarse a la liberación de Babilonia durante el mandato de Ciro, aunque sea tan prominente en la profecía, sino que hay a la vista una liberación mayor realizada por Emanuel: la extensión de la salvación de Jehová, por medio de su Siervo, hasta los confines de la tierra, esto es, el gobierno mundial del Mesías en justicia y en paz. El conjunto de la visión de Isaías (1:1) es tan amplio como es el mundo entero y alcanza hasta el reino milenal de Cristo, y aún más, hasta los nuevos cielos y la nueva tierra (66:22). Con semejante tema, ¿quién dejará de cantar? Y cuando el que canta es Isaías, llevado por el Espíritu de Dios (2 P. 1:21), no hay que extrañarse que sea un cántico de belleza y poder excepcional.

EL ESTILO DEL LIBRO

Es verdad que el libro de Isaías no es, en el sentido estricto de la palabra, un cántico, pero, no obstante, grandes porciones del mismo sí que son poéticas, más de lo que generalmente se piensa. En extensión y variedad de vocabulario, Isaías es excelente, y esto es debido, sin duda, por lo extenso del libro y por su variedad inusitada en el tema del libro. Abundan las figuras del lenguaje, la personificación, la metáfora, y el simil se sucede uno tras otro, en rápida sucesión. Se da la paronomasia, o juego de palabras, que no se ve en ocasiones en nuestra traducción, como tampoco se ve la aliteración en nuestra traducción, en tanto que el empleo de estrofas constituye un ingenio frecuente que se puede dar en la traducción a nuestra lengua.

Hay, realmente, cánticos en el libro, como el cantar de la viña (cap. 5), el cantar de la salvación que viene (cap. 12), el cantar del desierto alegre (cap. 35), el cantar de la mujer restaurada (cap. 54) y muchos otros.

Otra característica notable del estilo de Isaías es su empleo de la sátira. ¿Dónde podríamos hallar una denuncia contra la idolatría

más mordaz que la de Isaías, burlándose del hombre que corta un árbol y usa partes del mismo para hacer fuego con que calentarse y con que hacer su comida, y luego emplea partes del mismo para hacer un dios (44:13-20)?

DISTRIBUCIÓN DE LAS PROFECÍAS

Era costumbre de los profetas del Antiguo Testamento el dar sus mensajes de forma oral, antes de ponerlos por escrito. Y teniendo en cuenta el largo ministerio de Isaías, está claro que daría más mensajes de los que aparecen escritos en su libro. No solamente los mensajes orales, sino también los escritos, en la forma en que han sido preservados, y en la manera en que las profecías han sido dispuestas, son obra de Dios.

Hay pocas indicaciones del tiempo en este libro, pero aunque sean pocas, parece que las profecías se hallan dispuestas en orden cronológico. Isaías dice en el principio que profetizó durante los reinados de cuatro reyes: Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, todos ellos de Judá (1:1). La primera indicación del tiempo se encuentra en la referencia al año en que murió el rey Uzías (6:1) y luego ello va seguido casi inmediatamente por la mención de los «días de Acaz» (7:1) por lo que asumimos que las profecías de los primeros seis capítulos fueron dadas durante los reinados de Uzías y de Jotam. Parte del reinado de Jotam tuvo lugar durante la vida de su padre, porque Uzías fue castigado con la lepra de parte de Dios por haberse inmiscuido en los oficios del sacerdocio, y tuvo que permanecer aislado durante los últimos años de su vida (2 Cr. 26:16-23).

La siguiente fecha que se nos ofrece es la de la muerte del rey Acaz (14:28) y la otra referencia al tiempo es la de la invasión de los asirios en tiempos de Sargón (20:1) y la gran invasión asiria de Judá en el año catorce del reinado del rey Ezequías (36:1).

BOSQUEJO BÁSICO DEL LIBRO

El más sencillo y, probablemente, el más lógico bosquejo del libro de Isaías es el que le divide en dos partes principales. Todos reconocen que hay una diferencia entre ambas partes, y tanta que los críticos destructivos, como hemos indicado ya, han puesto en entredicho la unidad del libro. Estos críticos, desde luego, han exagerado las diferencias y han ignorado las similitudes. Hay, no obstante, un marcado cambio de tono al principiar el capítulo 40.

Una forma fácil de recordar las divisiones de Isaías es tener en cuenta que hay el mismo número de capítulos en la primera parte que en la totalidad del Antiguo Testamento, o sea 39, y que hay tantos capítulos en la segunda parte como libros hay en el Nuevo Testamento, o sea 27. No hay que buscar ninguna significación doctrinal en este detalle porque la división que hoy encontramos en el libro no existía en su original.

Sin ninguna intención de manifestar originalidad, podemos decir de forma general que la primera parte de Isaías consiste en el tema del *juicio de Dios* y que la segunda parte tiene como tema el *consuelo de Dios*. La nota dominante de cada uno de esos casos se encuentra al principio: la alerta condenatoria de Dios contra el reino de Judá, en el capítulo primero, en donde a la ciudad de Jerusalén se la llama Sodoma y Gomorra (1:10), y la intención divina de hablar palabras de consuelo a Jerusalén, una vez obviadas las graves pruebas, en el capítulo 40 (40:1-2).

ANÁLISIS DE LA PRIMERA PARTE DE ISAÍAS

En el estudio bíblico hay siempre un peligro que consiste en levantar armazones artificiales y arbitrarios y luego aplicarlos al libro que se está estudiando. No hay necesidad alguna de que digamos que esto hay que evitarlo porque lo que debe hacerse es buscar en el libro mismo y ver cuáles son las divisiones que se encuentran

en él de modo lógico. Se ha dicho que el libro, en términos generales, tiene dos partes, y lo inmediato que hay que hacer es descubrir qué subdivisiones se ofrecen en la primera parte.

Los primeros seis capítulos llegan a su punto álgido cuando Isaías relata su visión del Señor, y se desgajan por la nota respecto al tiempo que nos da el principio del capítulo 7, el cual introduce una profecía posterior. De igual forma, los capítulos 7 al 12 tienen un tema central porque las perturbaciones del tiempo de Acáz dan lugar a la gran profecía de Emanuel y a la venida de su reino. No existe dificultad alguna en reconocer una sección distinta en los capítulos 13 al 23 porque aquí la palabra unificadora es *profecía*, la cual profecía es de punzante importancia. Los capítulos 24 al 27 forman igualmente una unidad, que describe los acontecimientos de los últimos días, y la sección siguiente se define claramente por el uso de la palabra *¡Ay!*, en los capítulos 28 al 33. Una sección breve de dos capítulos (34 y 35) viene a continuación, que de nuevo nos lleva a la Edad del Milenio. La sección final de esta parte del libro nos cuenta los hechos históricos del reinado de Ezequías (caps. 36 al 39).

Si bien no decimos que esta división es inspirada, nos parece una agrupación lógica del material y tiene la ventaja de basarse en gran parte en las claves que ofrece la Biblia misma. Por consiguiente, decimos que hay siete secciones en la primera parte de Isaías.

Primera parte: El juicio de Dios (1–39)

- I. Profecías iniciales (1–6)
- II. Profecías sobre Emanuel (7–12)
- III. Las profecías o «cargas» sobre las naciones (13–23)
- IV. Castigo y bendición del reino (24–27)
- V. Las exclamaciones «¡ay!» (28–33)

VI. Indignación y gloria (34, 35)

VII. Interludio histórico (36–39)

ANÁLISIS DE LA SEGUNDA PARTE DE ISAÍAS

En la segunda parte de libro se ve al profeta contemplando el retorno del pueblo, más allá de la cautividad babilónica, y considerando aquel episodio como una liberación mayor futura realizada por el Mesías. Desde este punto de mira ideal, el profeta puede contemplar la cautividad como pasada (aunque literalmente no se inició hasta un siglo después de la vida de Isaías) y puede gozarse en las glorias de la restauración de Israel.

Muchos escritores han observado que la segunda parte de Isaías parece estar hecha de veintisiete secciones breves, que corresponden, en general, a la división actual en capítulos. Estas vienen agrupadas claramente en tres secciones más largas de nueve capítulos cada una lo que no constituye una arbitrariedad del comentarista, ni una disposición caprichosa, puesto que está encajada dentro de la estructura del libro mismo. Dos veces en esta parte del libro Dios hace esta declaración: «No hay paz... para los impíos». Esta doble declaración marca la división triple de la segunda parte de Isaías (48:22; 57:21).

La presentación simétrica de la segunda parte de Isaías no puede ser accidental, sobre lo que comentaremos más adelante en los lugares apropiados respecto de la estructura interna de las tres secciones. Los capítulos 40 a 48 hablan de la próxima liberación de Babilonia y traza el contraste que hay entre el verdadero Dios y los ídolos. Los capítulos 49 a 57, que forman la sección central de esta parte de Isaías, tienen como tema principal las dos grandes líneas de la profecía mesiánica mencionada en el Nuevo Testamento, es decir: «los sufrimientos de Cristo y las glorias que le seguirían» (1 P. 1:11). La última sección, capítulos 58 al 66, llevan a un punto culminante

las enseñanzas respecto del propósito de Dios con Israel, la gloria venidera de su pueblo.

Podemos, por tanto, planificar la segunda parte de Isaías en la forma siguiente:

Segunda parte: El consuelo de Dios (40–66)

- I. Liberación del pueblo de Dios (40–48)
- II. El Siervo sufriente como Redentor (49–57)
- III. La consumación gloriosa (58–66)

Con esta perspectiva del libro, estamos ahora dispuestos a considerar más íntimamente las diferentes secciones del mismo.